IGNACIO PÉREZ Y BENÍTEZ

LOS SOLDADOS DE LA PATRIA

Boceto dramático en un acto y en prosa



MONTEVIDEO

IMPRENTA «RURAL», CALLE FLORIDA MÚMERO 84

1903

IGNACIO PÉREZ Y BENÍTEZ

LOS SOLDADOS DE LA PATRIA

Boceto dramático en un acto y en prosa

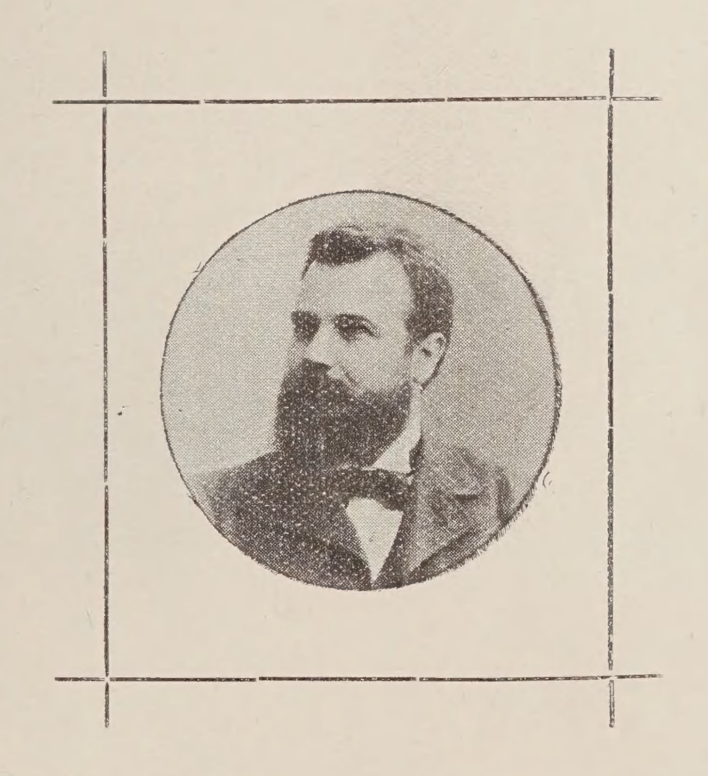


18

MONTEVIDEO

IMPRENTA «RURAL», CALLE FLORIDA MÚMERO 84

190



Al Excmo. señor General de Brigada don José de Bascáran y Federic, mi antiguo y siempre querido Jefe, y al señor don Tomás Molinos, mi inseparable amigo de penas y alegrías, á los dos dedico este mi modesto trabajo, porque en los dos veo la representación genuina de los verdaderos Soldados de la Patria; el uno para defenderla hasta morir, el otro para honrarla con su trabajo.

Aceptad, pues, este ofrecimiento como la manifestación más pura del cariño, respeto y admiración que les profesa.

El Autor.

LOS
SOLDADOS DE LA PATRIA

Boceto dramático en un acto y en prosa, original de

IGNACIO PÉREZ Y BENÍTEZ

PERSONAJES

PEPILLA	Señorita doña Carmen Sánchez
DOÑA CARMEN	Señora » Manuela Ardura
MARCIAL (soldado que viene de Cuba) . , ...	Señor don Tomás Molinos
JUAN (herrero)	» » José Linares
ALCALDE	» » José Fernández
PERICO	» » Valeriano Linares
UN MUCHACHO	» » José Molinos

Músicos, guitarristas y gente del pueblo

ÉPOCA ACTUAL

Estrenado en Montevideo el 30 de Junio de 1902

Acto único

El teatro representa el interior de la herrería de un pueblo de Aragón. Puerta grande al fondo, viéndose la calle. A la derecha la fragua con su correspondiente fuelle y el yunque. Puertas en primer término derecha é izquierda, y una ventana en segundo término, derecha. Derecha é izquierda la del espectador.

Escena I

Doña CARMEN, sentada junto á la ventana, haciendo calceta, y JUAN con un muchacho, trabajando en la fragua. Al levantarse el telón se oirá un lejano toque de campana llamando á los fieles á misa. El muchacho se retirará al empezar el diálogo.

JUAN — *(Reparando en doña Carmen que está llorando)*—¡Ea, madre!... No quiero verla á usted llorar más. ¿Estamos?

D.ª CARMEN — Perdona, hijo mío, pero no lo puedo remediar... Siempre tengo presente á nuestro pobre Marcial, y... ¡qué quieres! la idea de que no pueda nunca llegar ese día, ¡para mí tan deseado! en que le volvamos á ver de regreso á estos queridos lares, de estrecharlo entre mis brazos, de inundar su rostro con mis lágrimas... me parte el corazón, y hace que esta profunda pena vaya minando poco á poco mi pobre naturaleza, quebrantando las energías de mi alma, y haciendo cada vez más próximo el ocaso de mi existencia...

¡Pobre hijo mío, tan joven, tan alegre, tan bueno!

JUAN Pero ¡por Dios, madre! lo que vá usted á conseguir con todo eso es enfadarme. Efectivamente, mi hermano era... digo, es; porque aún no sabemos que se haya muerto, todo eso que usted dice, y mucho más, con un corazón tan grande y noble como muy pocos, valiente, trabajador, honrado...

D.ª CARMEN Eso sí, honrado hasta la exageración.

JUAN Me parece que tocante á eso .. tampoco tendrá usted queja de mí, y modestia á un lado.

D.ª CARMEN No hijo mío, no: decir lo contrario sería ofender al Altísimo. Si Dios me ha quitado un hijo, ha sabido dejarme otro, tan bueno ó mejor que aquél.

JUAN ¡Mejor! eso no... ¿Mejor que Marcial?... ¡qué disparate! trato de imitarle y nada más, y aún así, me parece que la copia resulta pobre. *(transición)* Aún recuerdo el día en que se marchó á la guerra: iba con el corazón transido por el dolor, y esto lo sabíamos tan sólo usted, él y yo, pues nadie más le notó en el rostro la más insignificante huella de su pena. Así, dije yo para mis adentros al verlo marchar tan sereno, así van los valientes al sacrificio.

D.ª CARMEN ¡Sacrificio horrible, regado con lágrimas de sangre!

JUAN ¡Y después de todo! ¿para qué?... Digo, para qué no, que la defensa de la Patria, es un deber sagrado que todos debemos cumplir... Todos tampoco, esa noble obligación es sólo patrimonio de los pobres, que los ricos, bien saben escurrir el bulto cuando llega el caso; y si no ahí está el hijo

del señor Cristóbal, que por un puñado de dinero no ha ido á la guerra; esto es injusto, ¿no es cierto madre?

D.ª CARMEN Más que injusto, hijo mío, es infame. Pero, no debes olvidar que tu hermano ha ido voluntariamente y en sustitución del hijo de la Maestra.

JUAN Es verdad... Esa acción, le ennoblece más ante mi vista, y, cada vez que la recuerdo, me siento orgulloso de ser hermano suyo. Aún resuenan en mis oídos los gritos de desesperación primero, frases de gratitud después y de admiración luego, cuando el hijo de la pobre Maestra, sacó la bolilla negra... *(transición)* Figúrese Vd. un patio muy grande, y en el centro de él una larga mesa, alrededor de la cual estaban sentados, cinco ó seis Capitanes con un Coronel, General ó algo así. Los soldados estaban formados á la derecha con sus oficiales al frente. Un sargento, iba nombrando uno por uno á los muchachos, y ellos se acercaban á la mesa al oirse llamar; metían la mano en un bombo muy grande en donde había bolillas negras y blancas; sacaban una, si era negra, á la guerra, si era blanca, á la paz. Estaba yo observando este teje-maneje, cuando siento llamar á Marcial... Me estremezco. El corazón en aquel momento, me latió con tal fuerza, que sus golpes repercutían en mi garganta; creí desmayarme y traté de sobreponerme á la emoción... Mi hermano avanza con paso seguro, algo pálido el semblante, pero con su habitual y plácida sonrisa. Se cuadra ante sus jefes, saluda militarmente y saca una de aquellas endiabladas bolillas. Blanca, dice

con hueca voz el Presidente. Oir yo esto, y precipitarme por entre aquella apiñada muchedumbre para salirle al encuentro, todo fué uno. ¡Es mi hermano! gritaba para que me dejasen paso franco, ¡Marcial! Marcial! ¡aquí estoy! El me vé, corre hacia mí, y nuestros brazos se entrelazaron con efusión, mientras nuestros ojos lloraban de alegría... Entonces, llaman al hijo de la Maestra: éste se acerca y saca bola negra. Un grito desgarrador suena á nuestras espaldas interrumpiendo nuestras manifestaciones de júbilo, helando la sangre de nuestras venas. Era la pobre madre que había presenciado toda la desgracia de su hijo... Marcial se estremece, fija en ella una mirada compasiva, luego la dirije hacia mí como interrogándome, nos miramos, nos comprendemos, me dá un fuerte apretón de manos y con aire resuelto avanza hacia la mesa donde están sus jefes, y dice con voz tranquila, sonora, enérgica: Mi Coronel, la madre de este soldado no tiene más que un hijo, la mía tiene dos, uno sólo basta para velar por ella, el otro, y este soy yo, irá por mi compañero á la guerra; permítame Usía este ofrecimiento, en holocausto á una madre y á mi Patria.

D.ª Carmen ¡Pobre hijo mío!

Juan El coronel se levanta entusiasmado, abraza á Marcial y dice alto, pero muy alto para que todo el mundo le oiga: ¡bien, bravo! aceptado, así se portan los valientes soldados defensores de la Patria... Un aplauso atronador retumbó en el espacio; todos los ojos lloraban en aquel, para mí supremo instante, todas las manos se disputaban frenéticas las de

Marcial, que no cesaba de recibir entusiastas felicitaciones... Yo quedé como aplanado ante este grandioso espectáculo, y si no hubiera sido porque en aquel momento, se me presentó en mi imaginación la figura de Vd., viejecita querida, yo también me voy con mi hermano... ¡Ya lo creo que me voy!

D.ª CARMEN ¡Gracias, hijo mío, gracias! Dios desde los cielos sabrá recompensaros como merecéis.

JUAN A mí no, á él; yo no hago más que cumplir con un sagrado deber. *(Se retirará hacia la fragua, como para disponerse á seguir trabajando).*

D.ª CARMEN ¡A los dos!.. Los dos sois acreedores á la suprema recompensa, porque iguales son vuestros sentimientos, iguales vuestras almas, no regateando nunca los medios para practicar el bien en beneficio del prójimo.

Escena II

DICHOS y PEPILLA que entra, llevando un ramo de flores naturales

PEPILLA *(Desde la puerta y sin reparar en Juan)* ¿Se puede entrar?

D.ª CARMEN *(Queriendo levantarse del sillón y enjugándose las lágrimas, pero Pepilla no le dará tiempo para que se levante, penetrando alegre y resueltamente hasta donde esté Doña Carmen.)* Adelante, hija mía, adelante.

PEPILLA *(Besando á Doña Carmen)* - ¡Pero, qué veo! ¡Aún está usted sin el manto puesto!... Ah! ya me lo explico todo; esas lagrimitas la delatan á usted... Vamos, ¿qué apuesta, á que acierto en lo que estaba pensando? *(Doña Carmen se llevará nuevamente el pañuelo á los ojos,)* ¿á que es Marcial la causa de sus

lágrimas?... Lo vé usted como he acertado. *(haciendo varias demostraciones de alegría y enjugándole las lágrimas á Doña Carmen.)* ¡Ea! basta de lloriqueos, hay que ser fuerte y alegre, así como yo, que siempre me estoy riendo de todo el mundo, sí señora, ¡de todo el mundo!, vaya por los que se reirán de mí. Y después de todo no creo que sea pecado el reirse continuamente, ¿no dicen que medio mundo se ríe del otro medio? Pues bien, yo me río por eso, para vengarme de los que se burlen de mi persona... ¿Pero aún sigue usted así?... Vamos, dé usted tregua á su dolor, no sea que yo también empiece á hacerla el duo...

D.ª CARMEN Pobre Pepilla, ¡qué buena eres!

PEPILLA ¡Buena!... Pues mire usted, no lo piensan así más de cuatro. ¡Claro, como la ven á una siempre tan alegre, creen que todo el monte es de orégano!... Pero dejemos para otra ocasión estas reflexiones... ¿Vamos á misa?

D.ª CARMEN *(levantándose para ponerse el manto)*—Sí, hija mía, vamos á ponernos bien con Dios.

PEPILLA ¿Qué le parece á usted este ramo? *(con coquetería infantil)*

D.ª CARMEN Muy hermoso.

PEPILLA Pues es para la virgen del Carmen, nuestra patrona, para que nos devuelva pronto bueno y salvo á su hijo de usted, á Marcial.

D.ª CARMEN ¡Ay! Cada vez pierdo más la esperanza de volverlo á ver.

PEPILLA ¡Qué disparate! La esperanza no debe perderse nunca. Ella es el complemento de la vida, nos alienta en las duras luchas por la existencia, nos acompaña siempre en el infortunio, y en los momentos más tristes,

nos hace ver horizontes halagadores, llenos de luz y de felicidad... En fin, que perder á esa señora, equivale á perder el juicio, y francamente, yo no quiero que usted se vuelva loca, ¿estamos?... Además, si su hijo está hoy lejos, muy lejos, luchando por la Patria, yo tengo la seguridad de que ha de volver, y pronto, sí señora muy pronto, *(con misterio infantil)* me lo han dicho unos angelitos, en un sueño que tuve las otras noches. *(Todo este relato debe hacerlo poniéndole á doña Carmen la mantilla).*

D.ª CARMEN ¡De veras!

PEPILLA Como lo oye Vd.

D.ª CARMEN Cuenta, cuenta. *(Segundo toque de misa).*

PEPILLA No puede ser ahora, porque se hace tarde para ir á misa y la campana nos llama á rezar, pero por el momento consuélese con lo que la he dicho y no lo dude.

D.ª CARMEN A tu edad es muy fácil, niña mía, dar crédito á esas gratas ilusiones... pero á mis años ya es distinto.

PEPILLA Bueno, ya se convencerá, y en caso de que los angelitos también se burlasen de mí, piense que en lugar de Marcial tiene Vd. aquí á Juan que la quiere tanto como el otro, *(con malicia)* y en lo tocante á guapo, honrado y trabajador, no tiene rival en todo el pueblo y si no...

JUAN Gracias, Pepilla, no esperaba menos de tí!

PEPILLA *(Ruborizándose)* ¡Ay! ¿Estabas ahí?... ¡Jesús, y qué vergüenza!... Mira, quien escucha su mal oye. *(Aparte)* Debo de estar como una remolacha.

JUAN No, que ahora ha sido todo lo contrario. *(Riéndose).*

PEPILLA Pero no te vayas á creer todo lo que he dicho; ha sido solamente para consolar á tu madre. *(Aparte).* Y dale; ya vuelvo á decir más tonterías. *(A doña Carmen)* Conque ¿vámonos á misa?

JUAN En ese sentido lo he tomado Pepilla; no tienes pues por qué sonrojarte.

PEPILLA No, si no me sonrojo, ¿verdad D.ª Carmen?

JUAN *(riéndose)* Tu cara te delata.

PEPILLA Bueno, bueno; lo dicho, dicho queda, *(aparte á Juan)* pero mira, en lo tocante á guapo no te creas ni esto, ¿estás? porque eres más feo que el coco con que asustan á los niños. *(riéndose con juvenil encanto.)* Vamos, vamos doña Carmen y dejemos á este pobre tonto, haciéndose ilusiones de buen mozo. *(se disponen á salir.)*

JUAN Tu me lo has dicho.

D.ª CARMEN Vamos.

PEPILLA *(Desde la puerta con coquetería).* Para engañarte tonto, para engañarte. *(Vase).*

D.ª CARMEN Hasta luego hijo mío. *(Vase).*

JUAN Hasta después, madre.

Escena III

JUAN *(Irá hacia la puerta para verlas marchar y después volverá hacia el yunque.)* — No parece sino que todos los diablos del infierno se han conjurado para hacerme sufrir... Primero la desgracia de mi pobre hermano, desgracia que aún ignora mi madre y que seguirá ignorando mientras yo pueda... ¡Pobre Marcial! Se portó como un héroe... A todos los que saben lo sucedido por esos periódicos que nadan callan, les he recomendado el silencio para mi vieja, y hasta la fecha

nada ha llegado á sospechar, pero temo que el mejor día alguno meta la pata, y entonces... no quiero pensar lo que pasaría luego... Pues, y esa chiquilla. Es el encanto de esta casa. Gracias á ella entra la alegría de vez en cuando en este recinto, triste y sombrío desde que mi hermano lo abandonó. Ella está enamorada de Marcial queriéndole como á la niña de sus ojos... ¡Pobre Pepilla, si supiera!... Y cosa más rara, nunca se hablaron de amores, y no obstante se aman y se esperan con ilusión creciente, no logrando apagar, ni el tiempo, ni la distancia, el fuego de ese santo amor, adivinado y comprendido, como se adivina y comprende todo lo sublime, lo grande. Como se presiente la existencia de un Dios y se le ama aún sin verlo, no extinguiéndose jamás ese afecto puro que nos mueve á buscar el bien, esa pasión que nos atrae y subyuga ante las grandezas del alma, como una de las infinitas manifestaciones de la gran obra del Hacedor... Pero lo extraño está, en que mi hermano, que era un hombre franco en su trato, decidido siempre en todas sus empresas, no hubiese nunca requerido de amores á Pepilla, á esa muchacha hermosa como un ángel del cielo, encarnada como una amapola de los campos, blanca como la nieve de los montes, y alegre y risueña como una alborada de Mayo. No hay en toda la aldea una boca más fresca, unos ojos más hermosos, ni unas mejillas más sonrosadas que las de Pepilla. *(con entusiasmo creciente)* Nadie sabe como ella encerrarse el talle en un corpiño encarnado; sepultar los pequeños pies en un zapatico de cabra, ni oprimir la blanca pierna

bajo una media azul que dá... Pero vamos, Juan, que estás perdiendo el juicio por una mujer, y eso no está bien entre los pobres... Anda á trabajar y déjate de amoríos que no te cuadran. *(se dirige hácia la fragua cojerá un trozo ó barra de hierro y se pondrá á trabajarlo —pausa)* ¡Maldito eje! *(trabajando)* Está torcido como una escarpia, y así claro está no podia funcionar el torno.

Escena IV

JUAN Y ALCALDE

ALCALDE Buenos días, Juanillo. *(entrando)*

JUAN Muy buenos los tenga Vd., señor Alcalde. ¿Qué le trae tan temprano por esta su casa?

ALCALDE Hombre... nada y mucho.

JUAN ¡Nada y mucho! Pues francamente, no lo entiendo. Son dos cosas que se están dando de trompazos.

ALCALDE Quiero decir, que puede que no sea nada y puede que sea mucho. *(enseñándole un pliego)* Mira la comunicación que acabo de recibir del señor Gobernador de la Provincia.

JUAN *(Tomando el papel)* A ver. *(después de leer: pausa)* ¡Que vienen soldados de la guerra! Eso está ocurriendo todos los días. ¡Que hay que auxiliarlos y atenderlos en lo que se pueda! Eso no hace falta que lo mande nadie, ni el Gobernador, ni el Rey, eso sale de aquí dentro. *(señalándose al corazón).*

ALCALDE Justo, eso mismo digo yo.

JUAN El mandar esas cosas, es desconocer los nobles sentimientos de este pueblo.

ALCALDE Estamos de acuerdo; pero dejando comentarios á un lado, he venido... porque ¡qué

quieres, Juanillo! siempre que me entero de que llegan repatriados, me acuerdo de tu hermano, y pienso si podrá venir él entre ellos.

JUAN ¡Ojalá pudiera realizarse su pensamiento! pero desgraciadamente eso es imposible. Mi hermano debe haber muerto.

ALCALDE ¡Quien sabe, hombre! ¡Quien sabe!

JUAN Así por lo menos lo aseguraban los periódicos.

ALCALDE Los periódicos suelen decir algunas veces muchas tonterías. ¿No habéis escrito al jefe de su regimiento?

JUAN Sí.

ALCALDE ¿Y qué ha contestado?

JUAN Que con aquella fecha, oficiaba al General en Jefe pidiéndole datos sobre la suerte de mi pobre hermano, de quien no tenía otras noticias que las mismas que nosotros pudiéramos tener; y que tan pronto recibiera gratas ó tristes nuevas se apresuraría á comunicármelas.

ALCALDE ¿Y te las ha comunicado?

JUAN Aún no.

ALCALDE Entonces... ¡por qué tener tan siniestros pensamientos!... Nada, nada, sigo en mis trece; tu hermano no ha muerto, porque si hubiese muerto, ya lo sabríamos alguno de nosotros. Las malas noticias corren más que el viento, y nunca falta algún buen intencionado que se complazca en llevarlas á su verdadero destino.

JUAN Dios le oiga, señor Alcalde.

ALCALDE ¡Qué honra para este pueblo! Un héroe como él, haber nacido en este pequeño villorrio... El día que vuelva... *(Juan hará*

signo de duda) ¡No lo dudes!... El día en que vuelva... Mira, si tenemos la suerte de que llegue ese día, te prometo formalmente que vais á saber quién es vuestro Alcalde. ¡Sí señor! ese día vais todos á ver de lo que es capaz el tío Joaquín... Lo primero que mando en cuanto me entere que ha llegado Marcial á la estación, es reunir al Ayuntamiento en pleno para salir á recibirlo con los honores qne se merece; luego le encargo al sacristán que se encarame en lo más alto de la torre, y tan pronto como divise á la comitiva dirigiéndose hacia aquí, que empiece á repicar las campanas hasta que se le ordene lo contrario; luego habrá cohetes, morterazos y toda clase de fuegos de artificio; en fin, chiquio, echo la casa por la ventana, ó pierdo el nombre que tengo... ¡Eh, qué gusto! si se convirtieran en realidades todas estas ilusiones... ¡Tu pobre madre còmo disfrutaría!... Mira, tan sòlo de considerar lo que está sufriendo esa pobre señora, sufro yo también, y digo para mi capote cuando me pongo á discurrir seriamente: ¡no, caramba! si es verdad que Dios es tan bueno como dicen, no debe dejar sin consuelo á una pobre madre que no pide otra cosa sino que le devuelvan á su hijo: esto es lo más natural del mundo, digo, por lo menos, me lo parece á mí, puede que al Padre Eterno le parezca lo contrario y en ese caso...

PERICO *(Desde la puerta)* Gracias á Dios que le encuentro, señor Alcalde. *(Entra).*

Escena V

DICHOS y PERICO

ALCALDE (*Aparte*) ¡Qué querrá este mastuerzo!... ¿Qué se te ofrece hombre?

PERICO He recorrío tóo el pueblo en busca de usté, y en nenguna parte supieron darme razón de onde estaba.

ALCALDE Pues ya me has encontrado. ¿Qué quieres?

PERICO Pus quiero... (*Rascándose la cabeza*) Pus quiero... No se si m'atreva.

ALCALDE ¡Acabarás!... Vamos, hombre, atrévete.

PERICO Bueno; pero antes déjeme que tome alientos.

ALCALDE Toma lo que te se antoje, pero dime pronto lo qué te trae por aquí.

PERICO Pus ná, señó Alcalde... Cosas mu serias.

JUAN ¡Muy serias!

ALCALDE Veamos, hombre, veamos.

PERICO ¿Conoce usté á la tía Javiera?

ALCALDE ¿La de las rosquillas?

PERICO No, señor, la tía de Pepilla. Esa muchacha que paece un sorbete por lo blanca.

ALCALDE ¡Hombre, sí!

JUAN ¡Eh! (*Prestando atención*) ¿La viuda del boticario?

PERICO La mesma, la mesma. Pus bien, la señá Javiera es bruja, sí señó, bruja y vengo á pedirle á usté justicia.

ALCALDE (*Riéndose, lo mismo que Juan*) ¡Diablo! y ¿cómo lo has sabido?

PERICO Mu fácilmente. Yo venía ayer tarde al anochecer del monte, y bajaba por la cuesta de San Roque con mi borrico cargao de leña, y al llegar á la ermita, ví á la señá Javiera que se agachaba hacia el suelo, y que arrancaba

unas hierbas con mucha priesa... Yo la grité: ¡Señá Javiera! ¡Señá Javiera!... Pero que si quieres, ella no me hacía caso.

ALCALDE No te vería.

PERICO Si señó que me vió, y por cierto que me miró de una manera que daba miedo... Luego se fué acercando poco á poco, y creciendo como una columna de humo, y cuando estuvo mu cerca de mí, se envolvió en un resplandor azulao, que olía á azufre como la puerta del infierno, y después dió un brinco como un gato, pasó por encima de mí, y se perdió en el aire tocando la pandereta.

ALCALDE *(riéndose)* ¡Diablo de bruja! Eh, Juanillo, ¿qué te parece?

JUAN *(riéndose)* Que todas esas cosas le pasan á este mameluco.

PERICO Ya te hubiera yo querío ver en este caso. Mire Vd., señó Alcalde, yo quedé de pie como petrificao, y cuando volví de aquel vértigo, me encontré con que mi burro me llamaba desde el puente del molino con un rebuzno tan triste que partía los corazones y daban ganas de llorar el oirlo... Señó Alcalde, mi burro y yo semos gente honrá, que no nos metemos con naide, y no necesitamos llevar esos terribles sustos.

ALCALDE Bueno, pero en resumidas cuentas, ¿qué es lo que quieres de mí?

PERICO Pus que me haga Vd. justicia.

ALCALDE Llevándote á la cárcel por burro. ¿No es eso?

PERICO Si ya lo decía yo, que naide me creería.

ALCALDE ¡Pero quién vá á tomar en serio, todas esas majaderías!

PERICO No son majaderías, señor Alcalde, es la pura verdad; pué usted preguntárselo...

ALCALDE A tu borrico ¿no es cierto?

PERICO No señor á la mesma tía Javiera, y si ella no lo niega...

ALCALDE Bueno, hombre, se te hará justicia. Iré á ver á la tía de Pepilla, é indagaré lo que haya sobre el particular.

PERICO ¡Sí! sí; vaya usted á verla, pero tenga cuidiao no salga usted también embrujao como le ocurrió al boticario, que esté en gloria.

JUAN ¡Hola, también el boticario!

ALCALDE Si, y este también me parece que está algo atontao.

Escena VI

DICHOS, D.ª CARMEN y PEPILLA

PEPILLA Ea, ya estamos de vuelta *(reparando en el alcalde)* ¡Hola, señor Alcalde!

ALCALDE Buenos días. ¿Ya venimos de misa, eh?

PERICO *(Tirándole de la chaqueta al alcalde, aparte.)* Esa es la sobrina de la bruja.

ALCALDE Ya la conocía, hombre. *(aparte)* Valiente majadero.

D.ª CARMEN Don Joaquín ¿cómo, usted tan madrugador?

ALCALDE ¡Qué quiere usted, D.ª Carmen! Todos los días no ha de amanecer á la misma hora.

D.ª CARMEN Es verdad. ¿Y qué noticias tiene usted de la guerra?

ALCALDE Las de siempre. Que no se sabe nada, absolutamente nada. Aquí llega el correo tan retrasado...

D.ª CARMEN Tengo una impaciencia por saber...

ALCALDE Lo comprendo, señora, lo comprendo. Nada más natural, tratándose de una madre cari-

ñosa como usted es. Pero hay que tener un poco de paciencia, que las gratas nuevas ya vendrán.

D.ª CARMEN Luego usted cree que serán gratas las noticias que vengan.

ALCALDE Sí, señora, por lo menos así me lo dice éste, *(señalando al corazón)* y éste rara vez se equivoca.

PERICO *(Volviendo á tirarle de la chaqueta al alcalde)* No se olvide usted de mi encargo.

ALCALDE *(con impaciencia)* Ya lo sé hombre. *(aparte)* Qué mosca borriquera me ha salido con este bárbaro.

PEPILLA *(reparando en Perico)* Calle ¿estás ahí Perico? *(riéndose)* Si yo te creía corriendo aún de resultas del susto de anoche.

ALCALDE ¡Cómo! ¿Tu también sabes eso del fantasma?

PEPILLA Ya lo creo que lo sé, como que fuí cómplice. *(riéndose)* ¿No es verdad, Perico?

PERICO *(con enfado)* La culpa la tengo yo, en haber puesto mis ojos en la sobrina de una bruja.

ALCALDE Ya decía yo... ¡Qué cosas hace ver el amor, amigo Perico!

PEPILLA *(riéndose)* Já, já! No deja de tener gracia. Figúrense ustedes que á este zángano le ha dado ahora por hacerme el amor, siguiéndome á todas partes, y no dejándome ni á sol ni á sombra y siempre repitiéndome lo mismo:—Pepilla, yo te quiero mucho, ¡qué! ¿no respondes? ¡Soy mu desgraciao! Ya lo sé le contesto. Pus consuélame con tu cariño. Que te consuele tu abuela con el suyo... y siempre lo mismo, hasta que ya cansada de oir tanta y tanta tontería, decidí ahuyentar de una vez á ese espanta-pájaros, y anoche... anoche... *(riéndose)* já, já, que cuente él

lo que le pasó anoche. ¿No te acuerdas, Perico?

JUAN — Si ya nos lo ha contado. Y en verdad que la cosa es seria... pero muy seria. *(riéndose)* já, já.

ALCALDE — Perico, es un gran trabajo lo que te pasa. *(riéndose)*.

PERICO — *(rascándose la cabeza)* No son cosas de risa, señor Alcalde.

ALCALDE — Y qué quieres muchacho... si yo no puedo dejar de reirme... tengo una risa tan retozona y tan... *(riéndose)* já, já.

PERICO — *(casi llorando)* Sí, ahora toos se burlan de mí, pero si vieran á la tía Javiera echando llamarás de fuego por los ojos y la boca... ¡Maldita vieja, más seca que un tronco de parra!

ALCALDE — Bueno, ¿pero tu que hiciste, al verla?

PERICO — Pus lo que ¡haríais toos vosotros, echar á correr.

ALCALDE — Pues mira, me parece que debes seguir corriendo hasta que yo te avise.

PERICO — De modo que...

ALCALDE — Que nos dejes en paz, hombre.

PERICO — Pero...

ALCALDE — Todo se arreglará. Yo me encargo con la anuencia de Pepilla, de quitarte el mal de ojos que tienes encima. Pero ahora corre, corre hasta tu casa y enciérrate bien, no sea que la bruja se cuele en tu habitación para volverte á mortificar.

PERICO — En usted confío *(disponiéndose á salir corriendo)*.

ALCALDE — Anda con Dios, hijo.

PEPILLA — Adiós, Perico. ¿Ya no me quieres?

PERICO — *(Desde la puerta)*. Sí, para cariños estoy yo ahora. *(Váse)*.

Escena VII

DICHOS menos PERICO

D.ª CARMEN ¡Pobre muchacho! Esta Pepilla siempre tiene que hacer alguna diablura.

PEPILLA De algún modo tiene una que librarse de los moscardones.

ALCALDE ¡Y que los tendrás por docenas!

PEPILLA No tanto, señor Joaquin, pero nunca falta algún desocupado, que por no hacer otra cosa, se dedica à hacer el amor à cuanta mujer encuentra al paso.

JUAN Pues como éste te vuelva à molestar, el segundo susto se lo doy yo.

PEPILLA Anda, anda. ¿Tú también te interesas por auyentarme los moscardones?

ALCALDE *(Acercàndose à D.ª Carmen)* Naturalmente, asi se queda él solo. *(se pondrà à conversar con D.ª Carmen).*

JUAN *(Aparte à Pepilla cogiéndola de la mano)* Pepilla... Yo no sé cómo explicarme pero... vamos, me molesta que otro hombre que no sea... te haga el amor.

PEPILLA ¿Que no sea quién?

JUAN Que no sea... *(soltàndole la mano con fuerza)* ¡El demonio! *(aparte)* Por poco si meto la pata.

PEPILLA *(riéndose)* ¡Jesús, qué miedo!... Señor Joaquin, Doña Carmen, Juan me quiere casar con el demonio! *(riéndose)* Jà, jà ¡tiene gracia!

JUAN Y tanta.

ALCALDE Vaya muchachos, no pelearse. Yo me marcho que tengo mucho que hacer; y tu Pepilla cuidado con hacer nuevos fantasmas. No

le dés más sobresaltos á Perico, que después de todo él no tiene la culpa de que Dios te haya dado esa carita capaz de enloquecer á un santo de piedra.

PEPILLA Muchas gracias, don Joaquín.

ALCALDE Hasta luego. *(Váse),*

JUAN *(Despidiendo hasta la puerta al alcalde.)* Adiós, señor Alcalde.

D.ª CARMEN Pepilla ¿quieres acompañarme á ver cómo progresan mis rosales?

PEPILLA Con mucho gusto, vamos. *(D.ª Carmen saldrá primero y Pepilla se acercará á Juan y con coquetería dirá)* Oye Juan, no me busques novios de esa clase, que me dan mucho miedo. *(saldrá corriendo y riéndose como una niña, mientras Juan la contemplará extasiado.)*

Escena VIII

JUAN, luego MARCIAL acompañado de un chico

JUAN *(Pausa)* ¡Ah chiquilla, chiquilla! Eres capaz de enloquecer al hombre más templado de alma... En fin, Juan, á cumplir con tus deberes, que ya has perdido mucho tiempo y tienes mucho que hacer. *(Se dispone á trabajar, preparando las herramientas, pondrá un hierro en la fragua, dará un poco al fuelle; mientras hace todo esto, podrá canturrear á media voz, para hacer esta escena con la mayor naturalidad. Luego entrará por la puerta izquierda para salir cuando se indica. Al salir Juan, entra Marcial acompañado de un chico que debe llevar la cartera con los libros de la escuela. Marcial y el muchacho se quedarán un momen-*

to parados en la puerta. Marcial irá vestido de soldado de Cuba).

MUCHACHO Ya hemos llegao! Esta es la casa del herrero.

MARCIAL ¡Gracias hijo mío... Dios te pague el favor que me has hecho.! (*avanzando al centro*).

MUCHACHO No hay naide ¿quiés que llame?

MARCIAL No... Espera, no tardarán en salir. ¡Dios mío, tiemblan mis manos, y la emoción me ahoga!... ¡Madre!... ¡Madre mía! ¿dónde estás?... Mis ojos ya no brillarán de alegría al verte... pero mi corazón salta de gozo presintiendo tu proximidad.

MUCHACHO ¡Calla! ¡paice que lloras!

MARCIAL Sí.

MUCHACHO Y mi padre que dice que los valientes no lloran.

MARCIAL Los hombres que no lloran, son los que no tienen corazón, y los valientes lo tienen.

JUAN (*saliendo y quedándose sorprendido*) ¡Que veo! ¡No es ilusión de mi vista! ¡Marcial, hermano mío!

MARCIAL ¡Esa voz!... ¡Es Juan, aquí estoy, aquí, á mis brazos. (*Permanecerán un momento estrechamente abrazados*).

MUCHACHO (*sorprendido*). ¿Es tu hermano?... ¡Este es Marcial!... ¡Qué alegría!... Voy á decírselo á todo el pueblo, y así ya no voy á la escuela. (*váse alegre y corriendo*).

Escena IX

JUAN Y MARCIAL

JUAN (*ofreciéndole el sillón donde antes debió estar sentada D.ª Carmen*) Siéntate. (*notando que no ve*) ¡Hermano mío!, ¿qué te pasa?... ¡Parece como si no vieras!

MARCIAL Y en efecto, mis ojos no pueden veros, pero en el fondo de mi alma, brillan vuestras imágenes, como brillan las estrellas en la inmensidad del cielo.

JUAN (*aterrorizado*) ¡Dios mio, ciego!

MARCIAL Tu lo has dicho, ciego (*con marcada tristeza*) y ¡ciego para siempre!... ¡Horrible angustia! Dios ha querido quitarme el placer de contemplar en vuestros rostros la impresión de mi llegada... el sueño dorado de mis ilusiones... (*llorando. Resignado*) ¡Pero todo sea por El!

JUAN Esa resignación me admira... Hermano mio, ¡valor!... Si para tí se nubló la luz del día, mis férreos brazos te servirán de apoyo en lo sucesivo. Ellos te guiarán siempre en los senderos de la vida, trabajarán para tí, ellos sabrán defenderte en caso necesario. Nada temas, tu cumplistes ya con tu deber, ahora me toca á mí... Pero, cuéntame, cuéntame pronto cómo te ocurrió ese percance.

MARCIAL Si, tienes razón ; pero antes, dime dónde está nuestra madre.

JUAN Pronto vendrá.

MARCIAL Será preciso prepararla, para que su dolor sea menos grande, cuando me vea.

JUAN Así lo haré, pero cuenta, cuenta que la impaciencia me ahoga, y como tú yo también quiero participar de tu desgracia.

MARCIAL (*aparte*) ¡Corazón grande, sublime, así te quiero! Pues bien, escucha, es muy sencilla, cualquiera en mi lugar hubiera hecho otro tanto. Desde que llegué á la para mí ignota tierra ultramarina, germinaron en mi ser dos sentimientos opuestos, que, siempre en perpetua lucha, martirizaban constantemente

mi conciencia de hombre honrado, haciéndome más de una vez vacilar, entre el ineludible cumplimiento del deber y los continuos dictados de mi quizás ofuscada razón. Veía en primer lugar raudales de sangre generosa, vertida por un mismo pueblo, que al calor de distintos ideales, enardecidos los ánimos por pasiones bastardas, que otro pueblo más poderoso sostenía con miras de ambición innoble, rompió los inmaculados lazos de la familia, convirtiendo aquel vergel de flores y encanto lleno, en tierra maldecida de Caines... El grito sacrosanto de independencia oíase mezclado entre el fragor del combate y... ¿por qué no decirlo? aquel grito heló mi sangre, paralizó la acción de mis brazos y una idea fatal asaltó mi pensamiento... ¡Independencia!... ¡Independencia!... ¡Nuestros hermanos de aquende los mares quieren emanciparse de la familia!... ¿Tendrán razón? y si la tienen ¿por qué no dársela?... Los pueblos, como los hombres, cuando llegan á su mayor edad, deben ser libres... Así pensaba yo queriendo convencerme á mí mismo de la injusticia humana, al pretender ahogar con férrea mano, una de las aspiraciones más justas de todo pueblo civilizado-cuando de pronto, un grito que desgarró mi alma, un insulto que repercutió en todo mi ser, haciéndome temblar de ira, vino á romper bruscamente las consideraciones que antes hiciéronme vacilar y que tanto mortificaron mi conciencia honrada... *(con creciente excitación)* ¡Un muera España, trajo el eco á mis oídos!... y entonces lo comprendí todo; ¡el hijo insultando á su propia madre! á

quien le dió luz, vida, civilización, historia... ¡No! ¡No puede ser: el que maldice á su madre pierde todos sus derechos!

JUAN (*abrazando á Marcial*) ¡Bravo, Marcial!

MARCIAL ¡Pobre madre mía!... ¡Cuanto de tí me he acordado!

JUAN Sigue.

MARCIAL Desde entonces aquella guerra fratricida, despertó en mí un interés que antes no hubiera podido sentir jamás... Una noche, una de esas noches plácidas y claras tan frecuentes en países tropicales, y por cierto la última que pudieron contemplar mis ojos, fué sorprendida por el enemigo la guarnición de la torre óptica de Pinto, que la defendíamos tan sólo veinte y cinco cazadores de Chiclana, al mando del alférez don Cesáreo Sánchez, de inmortal memoria. La luna habíase escondido como aterrorizada tras un montón de pardas nubes que paseaban silenciosamente por el espacio... No se hizo esperar el ataque. La lucha generalizóse inmediatamente, acometiéndonos el enemigo con furia. Los nuestros defendíanse como verdaderos leones... seis horas seguidas se estaba haciendo fuego y las armas abrasaban de tanto disparar... De un momento á otro se esperaba el asalto, y éste se verificó por el lado en que ya no quedaba un defensor en pie. ¡Morir antes que rendirse! aconsejaba nuestro jefe. ¡Hijos míos, no olvidéis que la Patria funda en nosotros todas sus esperanzas, que infinidad de corazones laten al unísono del nuestro y que todo un gran pueblo habrá de avergonzarse con nuestra propia derrota! Hagamos el último esfuerzo y honremos el

venerado nombre de nuestros padres ¡Viva España!... Aquel sacrosanto grito, aquella sublime invocación, oída en solemnes momentos, fué la corriente eléctrica que dió nuevos bríos á nuestros extenuados cuerpos y fuerza extraña á nuestra siempre indómita voluntad... La sed abrasadora nos devoraba. La situación era por demás insostenible. ¡Todo está perdido! ¿No hay un valiente que haga volar el polvorín! preguntó con angustiosa voz el alférez, mortalmente herido. Yo me encargo de eso, grité fuera de mí... Cogí un hacha encendida, me dirigí hacia donde estaban las cajas de municiones, y... no se más... Al alumbrar el sol del nuevo día, la torre óptica de Pinto era sólo un montón de calcinadas ruinas, que servían de tétrico sudario á otro montón informe de carne humana, sobre el cual, y como escudo que lo defendiera de la profanación de los hombres, aún flameaba orgullosa la enseña roja y gualda de la idolatrada Patria... El silencio más profundo habíase apoderado de aquel recinto de la muerte... Sólo un hombre había con apariencias de vida: ese era yo, á quien Dios sin duda reservó la suprema dicha de poder narrar aquella epopeya, realizada tan sólo por veinticinco soldados de mi Patria, alentados por el honor de su bandera, y no por odios ruines que jamás sintieron y que nunca podrán tener cabida en pechos nobles y valerosos.

JUAN — ¡Bien, Marcial... Me has conmovido con tu relato, y me siento orgulloso de tí. Pero dejemos ese triste como glorioso pasado, y hablemos del porvenir. Una vez que tenemos, la dicha de volverte á ver entre nosotros, no

te preocupe para nada el futuro, ese me corresponde buscarlo á mí. Ahora prepárate á recibir á nuestra madre que tantas lágrimas ha vertido por tu ausencia y... á otra personita que también ha llorado mucho por ti.

MARCIAL ¿Quién ha podido llorar por mí que no sea mi madre?

JUAN ¡Quién ha de ser!... Pepilla. ¿Ya has olvidado á aquella muchacha, más fresca que una rosa y que tanto ha demostrado quererte, y que tanto te quiere?

MARCIAL *(Con alegría)* ¡Que me quiere! *(Con marcada tristeza)* ¡Que me quería... pero ya no me querrá!

JUAN Ya lo creo que te quiere, como que no hace más que acordarse de ti.

MARCIAL Sí, pero ahora... ciego, inútil.

JUAN ¡Chiquio, chiquio! Tu no sabes lo que es una mujer enamorada. Mira, las mujeres, tienen más corazón que cabeza; por eso se pierden más de cuatro. El lenguaje que entienden casi todas ellas, es el lenguaje del alma. Ninguna mujer es capaz de enamorarse de un hombre, por muy hermoso que sea, sabiendo que es un cobarde, egoísta é incapaz del más insignificante sacrificio por nada y por nadie... Mas, siento la voz de Pepilla. *(Asomándose á la puerta)* Justo, ella viene, y viene sola; mejor, asi podré yo hablar á madre antes de que te vea... Adiós, hermano mío, prepárate á recibir otra sorpresa. *(Sale)*.

Escena X

MARCIAL solo, luego PEPILLA

MARCIAL ¡Me dejas solo!... No te vayas... Se fué... No sé por qué tiemblo, en el preciso momento en que voy á estar al lado de mi madre y... de ella... ¡De ella! ¡de Pepilla! aquella muchacha que tanto lloró por mi partida y cuya imagen ha estado siempre clavada en mi mente... «Adiós Marcial, no me olvides nunca, que yo siempre me acordaré de ti»; me dijo al despedirme y me estrechó entre sus brazos abrasándose mi alma al contacto de sus rosadas mejillas. Estas palabras suaves han resonado siempre en mis oídos forjando un mundo de ilusiones de oro y ensueños de dicha que mi ardiente fantasía dibujó á su más amplio capricho... ¡Cuan feliz era yo, ávido de emociones, con la esperanza de aquel cariño purísimo, que daba alimento á mi alma hambrienta, calor y vida á mi pecho aletargado, animación y forma á mis visiones de ventura!... Mas hoy todo cambió, aquellas ilusiones de tiempos más felices ya no son más que vanas quimeras... ¿A quién podrá inspirar amor este pobre desgraciado?

PEPILLA (*Entrando apresurada, pero silenciosamente, como si no quisiera ser vista, para dar una sorpresa) (con alegría).* Me ha dicho Juan que ha venido; que ya está aquí *(observando á Marcial y conteniendo un grito de alegría)* ¡Ah!... ¡Sí, si! no me ha engañado, ahí está, es él *(se acercará muy despacito y marchando de puntillas hacia Marcial, y cuando el diálogo lo indique*

tratará de taparle los ojos con las manos, mas al sentir la frialdad de los vidrios de los lentes, lanzará un grito de sorpresa)

MARCIAL ¡Qué felicidad puedo yo brindar á nadie!

PEPILLA ¡Eh!... ¡qué dice!

MARCIAL ¡Mi lozana juventud ya pasó! Hoy no seré más que un estorbo hasta para mi propia familia.

PEPILLA ¿Habla solo?... Sí, pues voy á interrumpirle... A ver si me reconoce. *(se acercará por detrás muy despacio y al taparle los ojos retrocederá sorprendida)* ¡Ay! ¡Qué frialdad es esa!

MARCIAL ¡Eh! *(sorprendido y poniéndose bruscamente de pie.)*

PEPILLA *(Algo asustada)* ¡Dios mío! ¿Qué es eso?

MARCIAL ¡Esa voz!... ¡Esa voz que quiero adivinar y que innunda mi alma de placer y tristeza á un mismo tiempo!

PEPILLA *(Corriendo hacia él en un arranque de alegría, pero se contiene sorprendida al observar la actitud incierta del soldado.)* ¡Marcial!

MARCIAL ¿Quién eres?

PEPILLA *(Resueltamente se acerca)* ¡No me conoces! ¡Tan desfigurada estoy!

MARCIAL *(Con alegría)* ¡Pepilla! *(aparte con tristeza)* ¡Ella!

PEPILLA *(Tendiéndole los brazos)* ¡La misma!... ¡Pero qué es eso! ¡no vienes á mis brazos! *(casi llorando)* ¡Te has olvidado quizás de lo mucho que te amo! ¿No ves en mi semblante, reflejada la alegría? ¿No ves mis ojos empañados por las lágrimas?

MARCIAL *(Desesperado)* ¡Desesperación!... ¡Oh Dios mío! ¡Qué suplicio!... ¡Acércate!... Más...

¡Más aún! *(Palpando el rostro de Pepilla como palpan los ciegos)* ¡Sí... sí! ¡todo lo veo, claro, claro, diáfano y puro como la luz del día!... Tu rostro angelical surcado por amargas lágrimas, tu tersa frente despejada como el cielo azul de otros tiempos mejores... La impresión de tu dolor, la alegría de tus ojos, todo, todo lo veo pero con los ojos del alma, los de mi cara están para siempre cerrados á la luz. *(se deja caer como desplomado en el sillón).*

PEPILLA (*Retrocediendo espantada*) ¡Dios mío!... ¡qué dice! ¡Te has vuelto loco, Marcial!

MARCIAL Más quisiera haber perdido la razón que la dicha de volverte á ver.

PEPILLA (*Acercándose á Marcial y tomándole ambas manos en actitud suplicante*). ¡Por Dios, explícate! Yo no te comprendo. ¿No me ves á tu lado? ¿No crees sincera la alegría que me produce tu llegada? ¿Has dudado quizás del cariño que me inspiras?

MARCIAL (*Rápidamente*). ¡No!... No, eso nunca.

PEPILLA Entonces....

MARCIAL Nunca dudé de ti, al contrario, y entiéndelo bien, el recuerdo de mi madre y el tuyo me han fortalecido siempre en los momentos más angustiosos de mi vida... Mi anhelo constante era el de volveros á ver, estrecharos sobre mi corazón, recrearme en vuestra alegría. Llegar á estos sagrados lares cubierto por la gloria que dá la satisfacción del deber cumplido y considerarme así feliz.

PEPILLA Todo eso lo has logrado. Esa cruz que honra tu pecho prueba evidente es de tu valor heroico en la guerra. Has cumplido con tu Patria y ella premia tus buenos servicios, ya

tienes pues la gloria deseada... luego nosotros que te admiramos, que te queremos... ¿qué más deseas?

MARCIAL ¡Pobre niña!... Acércate más... *(Pepilla se acerca. Marcial, al terminar la última frase, levantará un poco las gafas para que ella vea que está ciego)* Contempla mi rostro y luego aprecia en toda su magnitud mi desgracia.

PEPILLA *(lo contempla, lanzará un grito de horror separándose bruscamente)* ¡Dios mío, ciego!

MARCIAL *(sentenciosamente)* ¡Ciego para el mundo, no para Dios!... *(con amargura)*. Huyes de mi lado apenas observaste mi desgracia, así es la humanidad... El dolor desde lejos... ¡cuanto más lejos mejor!

PEPILLA *(corre hacia él arrepentida, le cogerá ambas manos con entusiasmo y amor)* No, Marcial ¡no! Ciego y todo, muerto ó vivo, de ¡nadie, de nadie más que tuya!... *(estrechando fuertemente las manos de Marcial sobre su pecho. Marcial estará sentado en el sillón, Pepilla deberá estar de rodillas)* ¡Tuya, si, ese fué también mi anhelo constante, mi felicidad soñada... Cuando muy lejos de aquí, y luchando por la Patria te encontrabas, yo te veía siempre en mis largas soledades; tu eras mi guía, mi esperanza, mi ilusión, mi vida. Jamás tu imagen se borró de mi memoria, aquí tu figura continuamente estaba. Y te veía como te fuiste, igual, sonriente á veces, otras taciturno, como si un pesar muy grande te preocupara, pero siempre grande, heroico en el peligro, como bueno, humilde y resignado en la desgracia... *(limpiándose las lágrimas)*. Ya ves como yo también, en tu larga ausencia, con mis propios ojos te veía.

MARCIAL Sí, pero ahora todo ha cambiado... Mi deformidad debe asustarte. ¿Qué amor puede inspirar un pobre ciego?

PEPILLA ¡Tu deformidad! ¡Acaso el amor es sólo patrimonio de la hermosura!... Mal conoces el corazón humano, Marcial mío. El amor, ese afecto que nos mueve á buscar el bien, á desear su posesión, esa fuerza que nos atrae, subyugando á veces hasta la voluntad, son los reflejos más puros del estado de un alma enamorada, pero enamorada no de un cuerpo más ó menos hermoso, sino de otra alma que la comprende, que como ella sabe sentir y sabe llorar. El cuerpo muere ó se transforma; el alma, como el amor, es inmortal.

MARCIAL El alma... el amor... Sí, comprendo lo que quieres decir. ¡Feliz del mortal que encuentra un alma que le entienda!

PEPILLA ¡Dudas acaso!

MARCIAL ¡No! Te repito que de ti jamás dudé... pero no puedo, no debo admitir ese sacrificio.

PEPILLA No es sacrificio, es mi deseo.

MARCIAL Deseo que no podré jamás verlo reflejado en tus hermosos ojos.

PEPILLA En cambio los ecos de mi amor, repercutirán siempre en lo más profundo de tu alma.

MARCIAL Piensa bien lo que dices. No sacrifiques tu hermosura en aras de una pasión que puede algún día abandonarte.

PEPILLA Vana quimera, mi cariño es puro como todo lo que nace con el primer albor de la vida. Los destellos del amor primero, son los únicos que irradian siempre en nuestra alma, los demás, podrán ser efectos de la gratitud que engendra el noble agradecimiento, obedecerán á otras causas también legítimas,

pero nunca tan poderosas como las que hicieron latir por vez primera nuestro corazón.

MARCIAL Luego sigues queriéndome con el mismo entusiasmo de nuestros mejores días.

PEPILLA Más aún: entonces amaba sólo al hombre, sin haber aún descubierto en él todas sus grandes virtudes; hoy que ya las conozco, no sólo le amo, le adoro, le admiro. *(echándole los brazos al cuello).*

MARCIAL *(De pie)* ¡Gracias! ¡Gracias Dios mío! que habéis sabido recompensarme con creces todas las desdichas pasadas... *(separándola dulcemente)* ¡Luego no te inspiro repugnancia alguna! ¡Luego puedo aspirar á la dicha de poseerte!

PEPILLA ¡Sí... sí! ¡Tuya ó de nadie!

Escena XI

DICHOS y JUAN que habrá oído las últimas frases de Pepilla

JUAN *(entrando)* ¡Qué oigo!... ¡Suya!... ¡De mi hermano!... ¡Imposible! La situación de Marcial podrá inspirar respeto, consideración, pero amor... El así lo comprendía antes... y ahora...

MARCIAL *(á Pepilla)* Tu labras mi felicidad soñada.

PEPILLA Y á tu lado, seré yo la mujer más feliz del mundo.

JUAN Para que yo sea feliz, es preciso que él sea desgraciado!... ¡Oh eso nunca!...

MARCIAL ¡Angel más que mujer! Dios desde los cielos premiará tu sublime abnegación.

PEPILLA Conservándome tu existencia, mientras un átomo de vida anime mi cuerpo.

MARCIAL Ante Dios ya eres mía.

PEPILLA Sí, sí, tuya para siempre.

JUAN ¡Suya!... ¡Suya!... ¿Y por qué no? A él sólo le corresponde.... *(dirigiéndose á Marcial)* Marcial, hermano mío.

PEPILLA *(con rubor)* ¡Juan!

JUAN *(Procurando dar á su amargura el tono más dulce posible)* ¿Por qué te causa rubor mi presencia?... ¿No amas á mi hermano?

PEPILLA ¡Oh, sí!

JUAN Pues quien ama á mi hermano, pertenece á mi familia. Marcial, prepárate á recibir á nuestra madre. Ya lo sabe todo. ¡Valor!

MARCIAL *(Impresionado)* ¡Viene!... *(gritando)* ¡Madre! ¡Madre mía!

D.ª CARMEN *(dentro)* ¡Marcial!

MARCIAL ¡Ella!

D.ª CARMEN *(Entrando y corriendo á abrazar á Marcial)* ¡Hijo de mi corazón!

MARCIAL ¡Madre del alma querida! *(permanecerán un largo rato abrazados).*

Escena última

DICHOS Y D.ª CARMEN--Después ALCALDE y gente del pueblo. A lo lejos se oirán los acordes de la jota aragonesa que irán acercándose á medida que avanza la escena hasta llegar á la copla.

ALCALDE ¡Adelante, compañeros, entremos á saludar al héroe que vuelve de la guerra!

D.ª CARMEN Ya me siento dichosa, hijo mío, viéndote otra vez á mi lado.

MARCIAL ¡Dichosos son los que ven!... Los ciegos sólo podemos sentir.

D.ª CARMEN No te apures, hijo mío, tu madre será tu guía. Vieja y todo, ya verás cómo Dios me dará fuerzas para ayudarte.

PEPILLA Nosotras te cuidaremos.

D.ª CARMEN Sí hija mía, sí. Ya lo oyes, Marcial. Ya ves cómo Dios no nos abandona, poniendo en nuestro camino á este ángel que también te quiere.

MARCIAL ¡Gracias, gracias en nombre de la caridad cristiana!

D.ª CARMEN Cuànto lloré por tu suerte, mas todo sea loado, si esa ha sido la voluntad del Señor... ¡Quien sufre á Dios se acerca!

MARCIAL *(Abrazando á doña Carmen)* ¡Madre mía!

ALCALDE Descubrámonos, señores, ante una madre que llora y un hijo que honra el nombre de este pueblo. (*Dirigièndose á Marcial*). Marcial, amigo mío, tú das brillo y esplendor al lugar donde nacistes, y él te recibe con los honores que tu gloria merece.

MARCIAL ¡Mía! No hay tal; yo cumplí con mi deber... ¡Gloria á los que sucumbieron!

ALCALDE ¡Gloria á los que pelearon!

DENTRO, COPLA

Vivan los hijos del pueblo
que la Patria siempre honraron!
dando su sangre en la guerra
y en la paz con su trabajo.

MARCIAL Esa copla.... Esas notas bélicas de la jota aragonesa, hacen que mi corazón estalle de alegría... ¡Sí, los hijos del pueblo, ellos son los que pelearon!

DENTRO, COPLA

Patria querida no llores
Las desgracias que te apenan,
Los soldados del trabajo
Vengarán á los de guerra

MARCIAL Eso, eso, la revancha. Sigamos ese camino, que ni el pueblo, ni el ejército han sucumbido y pueden emprender nuevos derroteros de vida. Aquí hay energías, hay corazón› sólo falta un hombre: ¡un caudillo que nos lleve á la victoria! cuando éste surja, sea quien fuere, alce su voz, tremole enhiesta la sacrosanta enseña de la patria y todos le seguirán, comenzando entonces el nuevo amanecer de España.

JUAN Marcial, hermano mío, la triste gloria alcanzada por las armas en la guerra, servirán á nuestro pueblo de severa lección para lo futuro. La Patria necesita ahora más que nunca del apoyo de sus buenos hijos para defenderla, regenerarla y hacerla tan grande como grande fué en los tiempos remotos de su gran historia. ¡Cesen, pues, los cantos bélicos de generaciones pasadas! ¡Descansen para siempre las armas fratricidas! Cese de una vez el horripilante fragor del combate! ¡Paso franco á los ejércitos del trabajo: á ellos les está reservada la victoria!

TELÓN